

pone patente la legítima libertad de cada uno” (CONV, 48).

Voces relacionadas: Libertad; Mentalidad laical; Secularidad.

Bibliografía: Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría, Estudio de teología espiritual*, II, Rialp, 2011, (particularmente el capítulo 5º, “La libertad de los hijos de Dios”, pp. 161-244); Jean-Luc CHABOT, “Responsabilità di fronte al mondo e libertà”, en Manuel BELDA - José ESCUDERO - José Luis ILLANES - Paul O’ CALLAGHAN (a cura di), *Santità e mondo. Atti del Convegno teologico di studio sugli insegnamenti del beato Josemaría Escrivá, 12-14 ottobre 1993*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1994, pp. 197-217; Id., “Liberté et politique dans les écrits du Bienheureux Josémaría Escrivá”, en GVQ, III, pp. 143-167; Id., *La doctrina social de la Iglesia*, Madrid, Rialp, 1991; François-Xavier GUERRA, “Josemaría Escrivá, le chrétien et la cité”, en GVQ, II, pp. 69-91; José Luis ILLANES, “Fe cristiana y libertad personal en la actuación social y política”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 31 (2000), pp. 300-326; Andrea MARDEGAN, *Una libertad para ser vivida*, San Sebastián de los Reyes (Madrid), Cobel Ediciones, 2010; José Miguel PERO-SANZ - Jean Marie AUBERT - Tomás GUTIÉRREZ CALZADA, *Acción Social del cristiano. El Beato Josemaría Escrivá y la Doctrina Social de la Iglesia*, Madrid, Palabra, 1996; Maria Adelaide RASCHINI, *Santi nel mondo. Studi su gli scritti del beato Josemaría Escrivá*, Milano, Ares, 1992; Martin RHONHEIMER, “Verdad y política en una sociedad cristiana. Josemaría Escrivá y el amor a la libertad”, en *Transformación del mundo. La actualidad del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2006, pp. 123-164; Ángel RODRÍGUEZ LUÑO, “La formación de la conciencia en materia social y política según las enseñanzas de san Josemaría Escrivá”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 24 (1997), pp. 162-181.

Jean-Luc CHABOT

LITURGIA: VISIÓN GENERAL

1. Aspectos biográficos. 2. Algunas realizaciones. 3. Relieves teológicos.

A través de la liturgia, Dios realiza la salvación mediante un lenguaje humano en el que se revela y hace sentir la fuerza de su amor. La Iglesia, al celebrar los divinos misterios, se une a su Esposo, recibe su Espíritu, es recreada, colmada de gracia y enviada a la misión. San Josemaría fue consciente de este potencial santificador del misterio del culto cristiano. Desde los comienzos, su actividad sacerdotal llevó la impronta de su amor a la liturgia como cierto movimiento espontáneo de su espíritu.

1. Aspectos biográficos

En el curso 1920-1921 –su primer año de seminario en Zaragoza–, Josemaría Escrivá de Balaguer cursó la asignatura de Sagrada Liturgia, impartida por don José María Bregante (cfr. HERRANDO, 2002, p. 114), con el libro de texto *Tesoro del sacerdote o Repertorio de las principales cosas que ha de saber y practicar el sacerdote*. Se trataba de una obra escrita por José Mach en la segunda mitad del siglo XIX y publicada en Barcelona en forma de dos gruesos volúmenes, corregidos y aumentados más tarde por Juan Bautista Ferreres con decretos recientes de las Congregaciones romanas. Josemaría obtuvo la calificación de *Meritissimus*.

Sus estudios en el Seminario se realizaron durante una época en la que el desarrollo moderno de la referencia teológica de la liturgia todavía no se había producido. Los estudios en los seminarios ponían el acento en las rúbricas y en la piedad con que se celebraban, más que en la dimensión teológica. La documentación que se conserva sobre san Josemaría manifiesta, no obstante, que ya en los años treinta su sentido de la liturgia se revela portador de una particular riqueza proveniente tanto del carisma fundacional recibido y de su vida

contemplativa como de las incidencias de su ministerio sacerdotal. Que la liturgia era uno de los grandes centros de interés vital, que su anhelo era sumergirse en la oración de la Iglesia se aprecia en diversos textos como, por ejemplo, cuando san Josemaría se dirige a Dios, en el Adviento de 1931, rogándole que le “enseñe a vivir la Liturgia sagrada” (CECH, p. 671). Durante esos años, san Josemaría prepara la edición de *Camino*. Es un libro que no contiene una reflexión sistemática sobre la liturgia, pero sí una experiencia cristiana de clara matriz litúrgica. Las consideraciones cristológicas de *Camino* tienen siempre como base la contemporaneidad de los acontecimientos redentores de Cristo resucitado presente en la Eucaristía.

En *Camino* encontramos, al menos, dos puntos significativos que son ocasión para esbozar aquí algunos rasgos de la experiencia litúrgica de su autor. El primero es el número 86, redactado en la segunda mitad del año 1938: “Tu oración debe ser litúrgica. –Ojalá te aficiones a recitar los salmos, y las oraciones del misal, en lugar de oraciones privadas o particulares”. Esta expresión, en cierto modo programática, se encuadra en el marco de la neta afirmación de la dignidad de la oración litúrgica en cuanto superación de la controversia surgida en la segunda década del siglo pasado entre vida espiritual y liturgia (Maurice Festugière - Lambert Beauduin). “El cristiano que se aísla en una piedad privada –escribe en otro momento san Josemaría–, no participa como conviene de la corriente santificadora de la Iglesia” (CECH, p. 677). Y en una nota de comienzo de los años treinta escribe: “*Pocas devociones y constantes* – Mejor, frecuencia de sacramentos” (CECH, p. 704). Este apunte revela un criterio de fondo: en la espiritualidad del autor de *Camino*, la primacía no reside en la “devoción”, sino en el “sacramento”. Dicho de otro modo, la vida de oración fluye de la piedad objetiva de la Iglesia; es ella la que fecunda las devociones.

Era frecuente que, durante el tiempo de recogimiento al que se entregaba después de celebrar la Sagrada Eucaristía, san Josemaría tomara unas rápidas notas en su agenda para interiorizar y asimilar más adelante aquellas luces que habían saltado, como chispas, durante la celebración. Palabras y expresiones del Misal y del Oficio Romano producían una vigorosa resonancia en su corazón. Buena parte de su vida espiritual y de su predicación manaban de esta fuente. La nota que sigue, datada el día 26 de noviembre de 1931, es un ejemplo palmario: “Después de la Sta. Misa, hoy, en la acción de gracias y más tarde en la iglesia de los Capuchinos de Medina-celi, el Señor me ha inundado de gracias. Se cumplió lo del Salmo «inebriabuntur ab ubertate domus tuæ: et torrente voluptatis tuæ potabis eos». Lleno de gozo con la Voluntad de Dios, siento que le he dicho con San Pedro: ecce reliqui omnia et secutus sum te. Y mi corazón se dio cuenta del «centuplum recipies»... Verdaderamente, he vivido el Evangelio del día” (*Apuntes íntimos*, n. 415: AVP, I, p. 343).

Precisamente con relación a los Salmos, que la Iglesia no ha dejado de cantar en su trayectoria dos veces milenaria, san Josemaría escribe el Domingo de Ramos del año 1932: “ya no anotaré ningún salmo, porque habría de anotarlos todos, ya que en todos no hay más que maravillas, que el alma ve cuando Dios es servido” (*ibidem*, n. 681: CECH, p. 297). Esta nota atestigua el talante de su oración, su *ruminatio* del Salterio hasta convertirlo en fuente de oración que se proyecta sobre la vida. Nada extraño, pues, que sus homilias y escritos recojan abundantes comentarios a la *lex orandi*, cuya vivacidad responde a la hondura bíblica y litúrgica de su experiencia celebrativa. En algunos pasajes, su estilo evoca la mistagogía de los Padres de la Iglesia.

Otra anotación, de 1938, indica su anhelo de radicarse en el misterio del culto. Durante los ejercicios espirituales que rea-

liza en el palacio episcopal de Pamplona, Josemaría Escrivá conoce un libro que le facilita el obispo de esa archidiócesis, don Marcelino Olaechea. Se trata de una obra anónima, escrita por un sacerdote francés durante la Primera Guerra Mundial y publicada en París en 1935 con el título *Ma Messe. Mon bréviaire. Mon oraison*. Acerca de este libro san Josemaría anota: “quiero comprarlo más adelante. Es el libro que yo buscaba, hace años, para embeberme en la liturgia de la Santa Misa. Hago esta afirmación, que espero no rectificar, cuando sólo he leído los preliminares” (*Apuntes íntimos*, n. 681: CECH, p. 666). Y así, consciente de que la liturgia es fuente destinada a irrigar la vida en Cristo de los bautizados, san Josemaría preparaba otro libro dedicado a inculcar la piedad litúrgica en los fieles: *Devocionario litúrgico*. Aunque su publicación fue anunciada en 1939, el libro no llegó a ver la luz (cfr. CECH, p. 78, nt. 67).

Un número de *Camino*, el 543, escrito también en 1938, dice: “Me viste celebrar la Santa Misa sobre un altar desnudo—mesa y ara— sin retablo. El Crucifijo, grande. Los candeleros recios, con hachones de cera, que se escalonan: más altos, junto a la cruz. Frontal del color del día. Casulla amplia. Severo de líneas, ancha la copa y rico el cáliz. Ausente la luz eléctrica, que no echamos en falta. —Y te costó trabajo salir del oratorio: se estaba bien allí. ¿Ves cómo lleva a Dios, cómo acerca a Dios el rigor de la liturgia?”. El texto refleja la sensibilidad mistagógica del autor: los signos del misterio de Cristo conducen a Él. Vivida con autenticidad, la celebración constituye la mediación y, a la vez, la catequesis más elocuente del misterio. El texto presenta, además, algunos acentos propios: la sobriedad en el culto, la sencillez del oratorio; en una palabra, la simplicidad primitiva de la liturgia.

A finales de los años treinta, es decir, antes de la publicación de las *Cart. Enc. Mystici Corporis* (1943) y *Mediator Dei* (1947), una praxis secularmente en uso ha-

bía terminado por convertir la celebración litúrgica en una tarea casi exclusivamente clerical, donde los fieles quedaban reducidos al papel de mudos espectadores. Josemaría Escrivá de Balaguer promueve, siempre dentro de las normas entonces vigentes, la participación activa de los fieles laicos en las celebraciones, cuando aún no era común e incluso en algún ambiente llamaba poderosamente la atención. Los jóvenes universitarios de la Residencia DYA conservaron en su memoria la huella que dejaron las celebraciones eucarísticas en aquel primer Centro del Opus Dei erigido en 1935: la recitación de algunas partes del propio de la Misa, los diálogos litúrgicos, la preferencia de las casullas de estilo semigótico... En torno a san Josemaría los universitarios vivían en un clima de estudio, de vida sacramental y de compromiso en obras de caridad, como realidades mutuamente implicadas en la atmósfera de la Residencia. Todo un estilo de vida acorde con la profunda unidad de la experiencia cristiana. Los sábados, tras la meditación predicada por san Josemaría y la bendición con el Santísimo Sacramento, se hacía una colecta entre los estudiantes. Una parte del dinero recaudado se destinaba a comprar flores para adornar la imagen de la Virgen; otra parte se empleaba para visitar a personas pobres que malvivían en los suburbios de Madrid.

Terminado el Concilio Vaticano II, cuando la Iglesia abordó la reinstauración de su liturgia conforme a los requerimientos expresados en la Const. Ap. *Sacro-sanctum Concilium*, san Josemaría se esforzó en aprender los principios y normas contenidas en los nuevos libros litúrgicos. Con la obediencia propia de los buenos hijos de la Iglesia, aplicó todas las disposiciones sobre esta materia, y enseñó a hacerlo a los fieles del Opus Dei. La aplicación de la reforma litúrgica estuvo acompañada, como es tan sabido, por algunas desviaciones ajenas a lo auspiciado por el Concilio y a las posteriores decisiones pontificias. Tales abusos afligieron el co-

razón de san Josemaría, que sufrió grandemente al comprobar las tentativas de rebajar la trascendencia del *sacrum* y la santidad de los sacramentos. Su prudencia pastoral le llevó a tomar las medidas de su competencia para que la fiel aplicación de los nuevos libros litúrgicos en los Centros del Opus Dei no se viese afectada por desviaciones ni incertidumbres. Unas palabras, que datan de aquellos años, sintetizan su mente: “amaremos esta liturgia nueva, como hemos amado la vieja” (cfr. DEL PORTILLO, 1993, pp. 138-139).

2. Algunas realizaciones

El amor a la liturgia llevó a san Josemaría a cuidar el culto sacro, tanto por lo que se refiere a las vestiduras y objetos litúrgicos, como a las iglesias y oratorios, en los que vale la pena detenerse. La circunstancia de la construcción de la sede central del Opus Dei en Roma por los años cincuenta fue ocasión para que san Josemaría tuviera oportunidad de proyectar *ex novo* algunos oratorios. En realidad, ya lo había hecho antes al construir el oratorio del Centro de la Obra situado en la calle Diego de León, y también el de Molinoviejo, la primera casa de retiros que promovió, localizada en la provincia de Segovia. El primero se construyó en 1941 y está ligado a momentos decisivos en la historia del Opus Dei. Es un oratorio sobrio y noble, decorado con motivos simbólicos de la tradición litúrgica de la Iglesia. Su planta elíptica permite que los fieles ocupen su lugar en torno al altar (*circumstantes*). El oratorio de Molinoviejo fue bendecido en el año 1948. Durante gran parte del verano de ese año, san Josemaría escogió los objetos litúrgicos y destinó para él la habitación más apropiada de la casa, consiguiendo un espacio que invita al recogimiento. A pesar de los pocos medios disponibles, procuró que tuviera la mayor dignidad posible. El retablo está formado por un fresco que representa la Anunciación y está inspirado en un cuadro de Bo-

ticelli. En las paredes del oratorio se suceden alegorías de la Virgen.

Estos detalles, tomados en su conjunto, y otros que pondría por obra más adelante con motivo de la construcción de oratorios en la sede central del Opus Dei en Roma, responden a un modo de concebir las formas del culto cristiano en el que prima la grave y noble elegancia, ajena a cuanto pueda parecer afectado o poco auténtico. Muy pronto, en 1934, ya dejó constancia de su aprecio por la sencillez que caracterizaba la liturgia de los inicios de la Iglesia: “(...) volvamos a la sencillez de *los primeros cristianos*: riqueza, cuanta podáis, pero jamás a costa de la liturgia. Arte serio, lleno de grave majestad. Nunca floripondios, ni luz eléctrica. El retablo, *retro tabulam*: a su sitio, detrás del altar, como algo accidental. La Santa Cruz y el ara —completamente aislada la mesa del altar— ocupen el lugar sobresaliente” (*Instrucción*, 9-I-1935, n. 254: AGP, serie A.3, 90-1-1).

San Josemaría se traslada a la Urbe en el año 1946 y en esta coyuntura romana vuelve a expresar su sensibilidad litúrgica en lo concerniente a los oratorios que albergaría aquella sede central, y que a nosotros nos permite identificar su impronta, al menos en algunos de sus perfiles. Aunque siguió de cerca el proyecto de todos los espacios celebrativos de la sede central de la Obra, sugiriendo ideas a los arquitectos, hay, sin embargo, cuatro oratorios que destacan, a mi juicio, por su volumen y representatividad: el oratorio de Santa María de la Paz, que es la actual iglesia prelatia; el dedicado a los Santos Apóstoles; el oratorio de Pentecostés y el de la Santísima Trinidad.

Los trabajos de construcción del oratorio de Santa María de la Paz se concluyeron en el mes de diciembre de 1959 y fue dedicado por el cardenal Tardini, entonces Secretario de Estado, a comienzos del año siguiente. Quien penetra en esa aula litúrgica no tarda en percibir el clásico estilo basilical romano. De planta rectangular, con

un altar provisto de baldaquino, la sede del prelado ocupa el fondo del ábside, que alberga también, a derecha e izquierda de la sede, los asientos para los presbíteros. La nave contiene una silliería para el pueblo y, a lo largo de su parte superior, está ornamentada con los azulejos de un Vía Crucis completados con algunas escenas de la vida de la Virgen María. La iglesia cuenta con una cripta en la que hay una capilla dedicada a la Dormición de la Virgen y otra de enterramientos; posteriormente, ya fallecido san Josemaría, se situó también allí una capilla para el Santísimo.

Si el oratorio de Santa María de la Paz responde al estilo basilical romano, el dedicado a los Santos Apóstoles, en el año 1958, es de estilo románico, el más abierto a la rica simbólica cristiana. En su diseño se incluyen motivos inspirados en la Cámara Santa de la catedral de Oviedo y en el Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela. En el presbiterio se encuentra el altar *coram populo* y, al fondo, y algo más elevado, un altar con el Sagrario. Esta posición materializaba de algún modo lo que ya en 1932 había escrito: “muy bien podría haber al fondo del presbiterio y bajo un arcosolio, p.e., un altar con Sagrario, a fin de tener allí al Señor reservado” (*Apuntes íntimos*, n. 814: CECH, p. 691).

Conforme al uso antiguo de la Tradición, bajo ese altar del oratorio de los Santos Apóstoles se halla actualmente una arqueta dorada que contiene reliquias de san Josemaría. En la parte alta de la zona dedicada al presbiterio, están situadas unas esculturas o altorrelieves de los Doce Apóstoles, acompañados por Nicodemo y José de Arimatea, así como por san Lucas y san Marcos, los dos evangelistas no apóstoles, ornamentación que visibiliza el aprecio de san Josemaría por aquellos que vivieron más de cerca las palabras y los gestos salvíficos de Cristo. El ámbito que acoge la reserva eucarística, marcadamente diferenciado del resto del presbiterio, está constituido por un ábside

decorado de ángeles y de pequeñas lámparas votivas, donde se encuentra un altar sobre el que descansa el tabernáculo en cuya puerta se representa el *Pantokrator*. En el frontal de este altar, inspirado en algunos altares románicos catalanes, están esculpidas las figuras de los quince santos y santas que se mencionan en la segunda parte del Canon Romano. Se trata de santos por quienes la liturgia romana ha conservado una particular veneración.

El oratorio de Pentecostés, destinado al Consejo General de la Obra, data de 1957. De planta rectangular y estilo barroco, en su prestancia confluyen la silliería lateral –al modo de los coros tradicionales–, el mármol del pavimento y la luz que se filtra a través de unas vidrieras que cubren sus paredes laterales y el artesonado del techo. Las dos vidrieras laterales representan escenas de la vida de Cristo en cuanto Dios y las de enfrente en cuanto hombre. El altar destaca sobre el fondo de otra amplísima vidriera con la escena luminosa de la venida del Espíritu Santo. En este oratorio, y de manera especial en el sagrario, san Josemaría puso un esmero especialísimo. Sobre el dintel de la puerta de este tabernáculo hizo inscribir estas palabras: *consummati in unum* (Jn 17, 23). De este modo quiso expresamente llamar la atención sobre la importancia de la unidad: “que los corazones de todos nosotros, como antes y ahora y luego, hasta siempre, sean un mismo corazón. Para que se hagan verdad las palabras de la Escritura: *multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una*” (AVP, III, p. 308).

La tradición litúrgica conoce las “columbas” como lugares destinados a la reserva del Cuerpo eucarístico del Señor. Si el término “tabernáculo” remite a la tienda del desierto donde residía la *shekinà*, el término “columba” evoca al Espíritu Santo. El Resucitado está realmente presente en la Iglesia en su condición pneumática (*Pneuma*) y señorial (*Kyrios*), como dice el Apóstol: “el Señor es Espíritu” (2 Co 3, 17).

La estima creciente de la Iglesia por el don precioso de la Eucaristía produjo, con el paso del tiempo, obras de arte que, en el caso de la columnas eucarísticas, se plasmaron en realizaciones admirables por su riqueza y gusto exquisitos, homenajes de la fe al amor con que Cristo-Eucaristía quiere a su Iglesia. Consciente de este patrimonio espiritual, san Josemaría quiso que, sobre el altar del oratorio donde celebra el Prelado del Opus Dei, hubiera una columna eucarística. Tras su delicada orfebrería late la fe y el amor de san Josemaría por el Santísimo Sacramento.

El elenco de pormenores que se desprenden de las descripciones precedentes, sin ser exhaustivo, testimonia, en su conjunto, el aprecio de san Josemaría por la venerable tradición del Rito Romano y su deseo de situarse en continuidad con ella. Su gusto por lo sobrio, sencillo y noble en el culto divino presenta conexiones con determinadas dimensiones del Movimiento litúrgico. La Misa dialogada, la centralidad del sagrario, la comunión dentro de la Misa, la conciencia del significado profundo del altar cristiano, la verdad de los signos... son otros aspectos que muestran al sacerdote que siente hondamente la liturgia y mueve a una participación activa en ella.

3. Relieves teológicos

Una vez expuestos algunos aspectos concretos de la vivencia litúrgica de san Josemaría, parece oportuno reflexionar sobre ella a la luz del trasfondo teológico-litúrgico que subyace en su predicación y en sus escritos. Para eso detendremos nuestra atención sobre algunos textos, conscientes de que la selección será necesariamente limitada.

Mencionamos ante todo una frase contenida en los guiones que redactó para la predicación de unos ejercicios espirituales dirigidos a sacerdotes a finales de los años treinta. En ella se lee: "*La Misa, sacrificio del N. T.*: Representación de todos los

misterios de Xto., tan viva y perfecta, que se renuevan y vuelven a efectuar misteriosamente en ella" (Ejercicios Espirituales, Meditación «Nuestra Misa», Vergara 9-IX-1938: CECH, p. 676, nt. 5). Esta nota resulta altamente significativa en cuanto que se halla en sintonía teológica con los desarrollos de la "doctrina de los misterios" (*Mysterienlehre*) que, acerca de la presencia actual del misterio de Cristo en la liturgia, había propuesto Odo Casel (†1948). Esta intuición, una de las más fructíferas ideas teológicas de nuestro siglo, fue el corazón de la doctrina litúrgica del Concilio Vaticano II (cfr. BOUYER, 1964, p. 242 y conferencia pronunciada por Joseph RATZINGER en 1965, cit. en ROSAS, 1996, p. 41).

a) *La participación litúrgica*. La participación activa de los fieles en las celebraciones litúrgicas de la Iglesia fue, como se sabe, el eje en torno al cual giró la entera reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. Actualmente, el *Catecismo de la Iglesia Católica* responde a la pregunta acerca del sujeto de la celebración con estas palabras: "La Liturgia es «acción» del «Cristo total»" (CCE, n. 1136). San Josemaría buscó y procuró siempre una participación activa de todos los presentes en las celebraciones litúrgicas. Una anotación de gran fuerza expresiva, datada en 1938, revela su sensibilidad: "¡Catedral de Burgos! Mucho clero: el arzobispo, el cabildo de canónigos, los beneficiados, cantores, sirvientes y monagos... Magníficos ornamentos: sedas, oro, plata, piedras preciosas, encajes y terciopelos... Música, voces, arte... Y... ¡sin pueblo! Cultos espléndidos, sin pueblo. Catedral de Burgos" (*Apuntes íntimos*, n. 1590: CECH, p. 657). Otro texto, redactado también en 1938, discurre por la misma línea: "(Sevilla) visito la catedral (...). Es grandiosa. Lástima de coro en medio, y de presbiterio enjaulado, aunque la jaula de hierro dorado sea magnífica: no dejarán participar del culto más que a los privilegiados" (*Carta 19-IV-1938*: AGP, serie A.3.4, 255-2, 380419-2).

La convicción de que la participación en la liturgia no es privilegio, sino exigencia inherente al ser mismo del misterio del culto cristiano, le llevaba no sólo a proyectar espacios celebrativos idóneos para este fin, como ya hemos señalado, sino también a prescindir de cuanto distrajera a los fieles de su implicación en los textos y gestos de la celebración: “La Santa Misa... Asisten los Ángeles... ¿Y los hombres? fuera el libro de Misa, si no es un Misal litúrgico” (Ejercicios Espirituales, Meditación «La Sagrada Eucaristía», Madrid, enero 1935: CECH, pp. 657-658). “Libro de Misa” eran aquellos libros de espiritualidad, muy difundidos en la época, que eran meditados privadamente durante la celebración como alternativa piadosa a una participación activa. El “Misal litúrgico” alude, por el contrario, a los llamados “misales de fieles”, que permitían a los fieles seguir los ritos y dialogar las oraciones con el sacerdote.

b) *Palabra y sacramento*. En el punto 86 de *Camino* se lee: “«No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios», dijo el Señor. –¡Pan y palabra!: Hostia y oración. (...)”. Del paralelismo redaccional entre pan y palabra, de un lado, y hostia y oración, de otro, se desprende la relación fundamental palabra-oración. En efecto, para el autor de *Camino* la aproximación a la Palabra de Dios se realiza en el clima de la plegaria y, a su vez, la oración cristiana se nutre fundamentalmente de la Palabra de Dios. Esta afirmación dimana de su captación teológica del Evangelio, el “libro que nos conserva la voz de Jesús, y que es la fuente donde nuestra oración bebe mejor el agua de la gracia, donde nuestra ansia de verdad se sacia tan plenamente con la luz del cielo prendida en las palabras del Maestro” (Plática pronunciada en Madrid, 30-V-1937, en *Crecer para adentro*: AGP, Biblioteca, P12). Esta forma original de referirse al Evangelio, en la que se escuchan resonancias joánicas, revela la vivacidad con que concibe la Palabra de Dios, su

realidad carismática, el carácter sacramental que oculta y, a la vez, la revelación del Resucitado, que en el “hoy” celebrativo es para su Iglesia el *Logos* vivificante del Padre.

Proclamada en la celebración del misterio de Cristo, la Palabra de Dios alcanza su destino originario y culminante. Ahí, escribe san Josemaría, oímos “la Palabra de la Escritura, la Epístola y el Evangelio, luces del Paráclito, que habla con voces humanas para que nuestra inteligencia sepa y contemple, para que la voluntad se robustezca y la acción se cumpla” (ECP, 89). Este “cumplirse de la acción” apunta a la dimensión performativa de la Palabra celebrada: la liturgia realiza la actualización perfecta de los textos bíblicos, y lo que la Palabra anuncia lo realiza el sacramento.

c) *La proyección existencial de la liturgia*. La liturgia, en cuanto estadio actual del misterio, comporta la exigencia de trascender el momento ritual para hacerse vida. Para el bautizado, existe una celebración sacramental del misterio de Cristo, y existe un culto espiritual, al que alude san Pablo en términos de *logikè latreia* (Rm 12, 1). El sacrificio de nosotros mismos, juntamente con Cristo, en el altar litúrgico, y los sacrificios espirituales que ofrecemos durante la jornada en el altar de nuestro corazón son oblaciones recíprocamente implicadas –la celebración eucarística remite a la vida diaria y ésta prolonga la celebración ya acontecida y prepara la siguiente–, constituyen la sístole y la diástole de la *sequela Christi*. La circularidad entre los dos momentos característicos de la liturgia cristiana –celebrativo y existencial– señala la autenticidad de la vida en el Espíritu (cfr. SaC, 70-71). Josemaría Escrivá, que tiene una honda captación de esta realidad, la sintetiza en pocas palabras en una homilía de Viernes Santo: “todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia” (ECP, 96).

Aquí, el sustantivo “existencia” se toma en su acepción semántica más glo-

bal. Abarca desde la actividad del cristiano en el ámbito íntimo de su familia, hasta sus quehaceres profesionales y civiles, incluso los más sencillos y ordinarios. A este respecto resulta sugestiva la estrofa de un himno tomado del Oficio divino de san Josemaría Escrivá: “(haznos) sal que preserve de la corrupción, luz que ilumine los corazones de los hombres, fermento vivo que lleva el Pan vivo a todos los quehaceres” (himno *Ipse magister* del oficio de lectura, cuarta estrofa sáfica: ... *Sal, quod præservet a corruptione, lumen, humana pectora collustrans, vivum fermentum, ferens Panem Vivum omni labori*). Las últimas palabras presentan un marcado acento teológico: cada uno de los bautizados es constituido “fermento vivo que lleva el Pan vivo a todos los quehaceres”. Y todo el himno procede glosando, con lenguaje lírico que canta la entraña sacerdotal de la vocación cristiana. Remite, en definitiva, al modo eucarístico, y, por tanto, litúrgico de realizar la misión que san Josemaría predicó incansablemente: “poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades de los hombres” (F, 685).

Voces relacionadas: Iglesia; Liturgia de las horas; Liturgia y vida espiritual; Sacramentos: Exposición de conjunto.

Bibliografía: CECH⁴, *passim*; “Ecos de la prensa”, *Nuestro Tiempo*, 162 (1967), p. 720; Louis BOUYER, “«Le mystère du culte» de Dom Casel”, *La Maison Dieu*, 80 (1964), pp. 241-243; Ramón HERRANDO, *Los años de seminario de San Josemaría en Zaragoza (1920-1925). El Seminario de San Francisco de Paula*, Madrid, Rialp, 2002; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; Guillermo ROSAS, “El misterio de Cristo en el año de la Iglesia. El año litúrgico en O. Casel”, *Anales de la Facultad de Teología*, 47, 2 (1996), pp. 7-194.

Félix María AROCENA

LITURGIA DE LAS HORAS

“Tu oración debe ser litúrgica. –Ojalá te aficiones a recitar los salmos, y las oraciones del misal, en lugar de oraciones privadas o particulares” (C, 86). Este texto, de carácter programático, responde a la personal experiencia de san Josemaría Escrivá de Balaguer, nacida de la meditación asidua de las fórmulas del Misal y de las oraciones de la Liturgia de las horas. No es de extrañar por eso que en los años treinta escribiera: “ya no anotaré ningún salmo, porque habría de anotarlos todos, ya que en todos no hay más que maravillas, que el alma ve cuando Dios es servido” (*Apuntes íntimos*, n. 681, 3-IV-1932, Domingo de Ramos).

Este modo de rezar originado en la oración de la Iglesia se desarrollaba tanto en la quietud de una iglesia u oratorio como en el desempeño de sus tareas ordinarias “en medio de la calle”. Así, en una carta escrita en 1934, comentando un viaje en tren, y dirigida a los miembros de la Obra, afirmaba: “esta mañana he rezado el Breviario con más solemnidad que en el coro de una Catedral: invité a cantar, conmigo, las alabanzas del Señor a todos los custodios que venían en mi departamento” (AGP, serie A.3.4, 253-2, 340917-2). Este deseo de san Josemaría estaba muy vivo en su alma, como demuestran sus palabras, sin duda autobiográficas, del punto 747 de *Forja*: “Así deseaba dedicarse a la oración un sacerdote, mientras recitaba el Oficio divino: «seguiré la norma de decir, al comenzar: «quiero rezar como rezan los santos», y luego invitaré a mi Ángel Custodio a cantar, conmigo, las alabanzas al Señor». Prueba este camino para tu oración vocal, y para fomentar la presencia de Dios en tu trabajo” (F, 747). Su oración del Oficio divino, además de ser rezada con amor de Dios y acompañada de otras voces, se extendía a los diversos momentos del día: era alimento para su vida contemplativa, en medio de los quehaceres cotidianos.

Estos textos, y otros paralelos, ponen de manifiesto una característica muy ecle-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.